

*Apuntes para un estudio sobre la obra
de Angel M. Ganivet.*

La emoción de Granada en la moderna literatura castellana

- I) Mosaico Granadino: A. M. Ganivet; Rubén Darío; R. Sáenz Hayes. II) El sortilegio del agua.

I

Es imposible hablar de Angel María Ganivet sin traer el recuerdo de Granada, su ciudad natal. Todo el ambiente de su producción es ella. Patriota sincero, el canto mejor es para el terruño.

En España, el caso no es único: como derivación saludable del realismo, tónica de su arte, en todos los tiempos de su literatura han aparecido las descripciones, las loas, los cantos amorosos a las cosas y lugares del país. Y envueltos los escritos en un acendrado patriotismo han llevado a todos los rincones de la tierra el calor de Iberia. Fenómeno interesante este, diríamos casi sin par, ya que en las manifestaciones artísticas de ningún otro moderno país se lo encuentra con caracteres tan notables.

Si se lo toma como derivación del realismo debería, sin duda, hallársele en Francia, que convirtió esta expresión artística en escuela; pero en ella ni en su desviación naturalista la hay. En cambio —parecerá contradicción— algo, que desde luego no es idéntico, se encontraría en la escuela opuesta: la romántica. Cantan los románticos franceses a tierras, lugares y cosas, alambicadas en sus alardes imaginativos, más cuando no es tal canto producto utópico, es lejano, exótico, cual los de Chateaubriand describiendo las selvas de América, o los del precursor Rousseau mostrando los beneficios de la vuelta a Natura. Y si

para confirmar esto requerimos un testimonio, con remitirnos, por ejemplo, a la obra de Ch. Lenient "*La poésie patriotique en France*", en ese campo, veremos que la mayor parte de las obras allí estudiadas, cantan a un sentimiento, a una concepción abstracta que es la patria, pero la expresión tangible cual son las cosas del terruño, sólo aparece por excepción.

Y dentro del conjunto artístico europeo, descartando a Italia y a Alemania, sólo como casos fuera de lo común se dan estas loas. Inglaterra con Dickens o Scott (conste la exclusión del genio de Stratford-on-Avon); en las literaturas nórdicas quizá haya algo de eso en la extraña cosmogonía del "*Peer Gynt*", de Ibsen, o en el "*Kalevala*", de la épica Finlandesa, estudiado por Ganivet. La literatura rusa, en cambio, con ser tan rica y de tan variados matices —tanto la legendaria como la moderna— canta más al hombre, sus alegrías, dolores, hazañas, etc.

Por esta característica tan singular de España, puede afirmar sin mengua quien dirige su mirada al arte ibérico, que la conoce —más que conocerla— que la siente, sin haber estado en ella, sin haberla visto.

Ese amor por lo vernáculo en lo que atañe a Andalucía, en especial a la región Granadina, tiene cantores singulares. De Hurtado de Mendoza pasando por Ginés Pérez de Hita y Zorrilla, hasta Ganivet. Y en este último, el canto se traduce en emoción. Emoción que, concretando los perfiles de una ciudad legendaria, conquista al lector de sus obras, pero en la que una crítica demasiado escrupulosa podría ver sólo un exceso de cariño hacia la patria.

Desde luego debemos dejar constancia de que en todos los escritores antes citados hay calurosas referencias a la ciudad mora. Y el visitante, el extranjero que cultiva las letras castellanas, llegando a Granada, si es poeta, compone las rimas de sus extraños rincones; si es cronista, vuelca en su relato los panoramas de color, las pinceladas de fuego. Y aún el erudito encuentra, en tal o cual inscripción, la referencia viva que las montañas de papiros y palimpsestos le ocultaban. Con el testimonio de ellos comprobaremos la exactitud de esa emoción de Ganivet.

Junto con él, dos voces cantan a Granada en la moderna literatura ibero-americana: Rubén Darío y Ricardo Sáenz Hayes. Es decir tres voces, pero, tres tonos distintos. El patriotismo, en el viajero que azahares de la vida mantienen lejos de los paternos lares, por la pluma de Angel María y cosa notable: tal amor puesto en un libro expresamente dedicado a Granada, sólo señala sus defectos ("*Granada la bella*"); mas en toda la obra del agridulce granadino, Granada está presente y se la encuentra aún en aquel lejano reino de Maya que conquistara Pio Cid.

El cronista exquisito, el poeta de las volutas, el prosista de arabescos que era el inefable Rubén, deja en páginas —más que escritas repujadas, del repuje maravilloso de los artifices árabes de Eibar— su impresión de Granada. Y es la ciudad mora la que figura en "*Tierras Solares*"; la de cortados minaretes y califas de perfumadas barbas; la de serrallos con morenas esclavas, la de sultanas de recatados velos.

Y llega por último R. Sáenz Hayes, el viajero fatigado, el que huyó de la guerra horrible y vió los instrumentos que el hombre creara para su bienestar, símbolos del progreso, puestos al servicio de la destrucción y la muerte; del exterminio y el odio fraticida; llega a Granada, la milenaria, y contempla en la Alhambra estática, la huella del tiempo, la dulce calma de los siglos y anhela para su atormentado espíritu esa paz, esa quietud de remanso de las vegas moras.

El "leif-motiv" de toda la producción de Ganivet, es un canto a Granada. En el trabajo más ajeno a este sentimiento evoca al terruño y sin mencionar el nombre querido, el lector presiente el telón de fondo: Granada. El escritor-viajero cuya pluma recorre caminos del alma y las más apartadas rutas de la tierra; o, el viajero-escritor, el nómada, el incansable vagabundo —en la prístina

acepción de la palabra—, llevan siempre a flor de labio el canto a la ciudad natal.

Este granadino que siente tan hondo la atracción de su pueblo, cuando se halla en él, apura con fruición las bellezas, lo sabroso de esa tierra andaluza y sólo cuando se halla lejos, aislado, donde el vivir se funde con la meditación, ve la realidad de su sueño. Entonces valora el recuerdo, confronta las bellezas de guía de turismo, atribuidas a Granada, con las de las ciudades visitadas; pesa con justa balanza el alcance de un nuevo sistema de urbanización; el valor histórico, legendario, etc., de lo que afectaría una modernización; concreta, con extraña sinceridad, las virtudes y defectos de la realidad granadina; y, nos da ese singular Tratado de Urbanismo que se titula: "*Granada la bella*".

En la obra de Ganivet se descubre, implícitamente, su patria: en las innovaciones que en el salvaje reino de Maya introduce Pio Cid, Granada está como modelo ⁽¹⁾; todos los trabajos, paseos, meditaciones, incongruencias, reformas, etc., que el mismo Pio Cid realiza a su vuelta a la civilización tienen por escenario la ciudad, las vegas, los cármenes, las sierras de Granada ⁽²⁾; la acción de su drama místico transcurre en la Alhambra, donde sus personajes cantan "por granadinas" ⁽³⁾; su correspondencia desde el consulado en Finlandia va toda ella a Granada ⁽⁴⁾; todas las referencias autobiográficas las concierta con ella. Y a pesar de esto presenta el caso raro de un patriota que cuando debe cantar, explícitamente, a la patria, sólo hace prolija revisión de sus imperfecciones.

En efecto: anuncia en el primer párrafo de "*Granada la bella*": "Mi intención no es cantar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias. Mi Granada no es la de hoy: es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será". ¡Con qué íntima satisfacción escribe: "Mi Granada"; no escribiría con más orgullo: Mi ma-

(1) "La conquista del reino de Maya, por Pio Cid".

(2) "Los trabajos del infatigable creador Pio Cid".

(3) "El escultor de su alma".

(4) "Cartas Finlandesas".

dre! Es que en algún sentido, tiene para Angel María algo del cariño de madre. No dice en balde, el protagonista —con tanto de autobiográfico— del drama *“El escultor de su alma”*:

*“Aquí en Granada empezó
mi vida de peregrino...
De aquí la voz del destino
imperioso me apartó.....*

Y la defiende Ganivet con amor de hijo. La defiende de la plaga de innovadores, que en el fondo sólo son imitadores; plaga que, por otra parte, existe en todos los lugares del mundo donde queda algo típico, algo característico, ya sea histórico o legendario, para admirar. “A Granada —escribe— llegó la epidemia del ensanche y como no había razón para que nos ensancháramos, porque teníamos nuestros ensanches naturales en el barrio de San Lázaro, Albaicín, y Camino del Huétor, y más bien nos sobraba población, concebimos la idea famosa de ensancharnos por el centro y el proyecto diabólico de destruir la ciudad...” (*“Granada la bella”*, IV, pág. 43).

Estas reflexiones, datadas en febrero de 1896, pueden aplicarse en cualquier momento, en cualquier país. Demás está decir lo oportunas que son para el nuestro. Pero las reflexiones sino van acompañadas de sus respectivos argumentos no se convertirán jamás en ideas fecundas. Y Ganivet razona, haciendo una pintura de la ciudad en la que los grandes trazos no quitan el color: “Granada —argumenta— es una ciudad de sombra: a pesar de su Exposición y de la proximidad de la Sierra Nevada, que producen grandes irregularidades climatológicas, su carácter es el de una ciudad meridional; su estructura antigua, que es la lógica, obedece a la necesidad de quebrar la fuerza excesiva del sol, por eso sus calles son estrechas e irregulares, no anchas ni rectas”. (Id., pág. 37).

Un cuadro más sintético ni más amoroso no es posible. Dentro de él caben un proceso histórico, cual es el de la formación de la ciudad y las razones para que sea tal

y no otra; toda una relación etnográfica, cual es la de los rasgos del habitante que determina esa tierra cálida, con un sol que abrasa, con un viento de fuego. Por algo Darío la ubicaría con un plumazo, desde el título de su recopilación: "*Tierras solares*"; tierras de luz, de calor; moreno el rostro de sus habitantes, curtidos por esos elementos; de fuego sus pasiones, cual regidas por la tierra. Diríase que el moro trajo de su Africa, el sol ardoroso, el viento cálido de sus desiertos arenosos a este oasis de fertilísimas vegas.

En ese clima el agua tiene que jugar un papel importantísimo. Ganivet también toca este punto, como veremos más adelante, y lo hace trayendo a colación un detalle interesante en el historial de Granada cristiana: sus guerras de pan, esas tempestades populares en demanda del alimento, que la especulación había puesto fuera del alcance de los bolsillos flacos. Las recuerda para destacar algo que parecería contradictorio en esta tierra solar. Un clima como el antes descrito debería formar una población sensual en extremo. Sin embargo Ganivet observa que: "un pueblo que concentra todo su entusiasmo en el pan y en el agua, debe ser un pueblo de ayunantes, de ascetas, de místicos. Y así es, en efecto: lo místico es lo español, y los granadinos somos los más místicos de todos los españoles, por nuestro abolengo cristiano y más aun por nuestro abolengo arábigo". (Id. VI, págs. 53-54).

La misma Granada es mística, si cabe el adjetivo aplicado a la ciudad, a su ambiente (1). Y ese misticismo, que perdura a través de los tiempos, da dos frutos peculiares, inmutables: "el ambiente, que por fortuna está fuera del alcance de los reformadores, y el filosofastro, pintado magistralmente por Méndez Vellido en su artículo: "Lo inmutable" ... ("*Cartas Finlandesas*", XI, págs. 192-193). Ese filosofastro granadino tiene, realmente, algo de místico. No es el charlatán vulgar que, perorando desde el banco de la plaza, modifica los malos gobiernos, corrige los defectos del mundo que hace mo-

(1) Los términos "místico" y "misticismo" llevan a un juego peligroso de expresión. No se les dé más alcance del que surge del contexto.

ver a su antojo... no, de ningún modo. Es un producto impar que se arrincona para que le dejen "el alma en paz"; por perezoso llega a ser un inadaptado; es, según Ganivet, "el hombre telaraña que se sonríe con desprecio de todas las escobas inventadas por la moderna civilización". (Id. XI, pág. 193).

Este espíritu místico de Granada está en sus hijos; está en Ganivet, hijo dilecto, cuya postrera obra será un drama "místico". Pero ese misticismo es de características especiales; no es renunciamiento, inercia; "no es el éxtasis —dirá Angel María—; es mucho más y mejor: arranca del desprecio de todas las cosas de la vida y concluye en el amor de todas las cosas de la vida; el desprecio nos levanta hasta encontrar un ideal que nos reposa y con la luz del ideal hallado vemos lo que antes era grande y odioso, mucho más pequeño y más amable..." (*"Granada la bella"*, VII, págs. 70-71). Compárese la expresión de este estado de ánimo —que puede ser colectivo— y véase cuanto de afín tiene con el filosofastro de Méndez Vellido. Y destacamos la condición de "estado de ánimo" de esa definición del misticismo, porque es tal en Ganivet. Cuando salga del propio "yo" y hurgue en la psicología colectiva, ese misticismo tenderá a interpretar la aparente contradicción entre la tierra solar y el tono ascético; la sutil paradoja que lleva del placer al renunciamiento. Entonces asentará esta otra concepción (sui-generis): "El misticismo no es más que la sensualidad refrenada por la virtud y la miseria" (id. VI, pág. 55); concepción en la que han de fundirse Mahoma y Cristo, es decir los extremos de la paradoja ya que "la rociada de sensualismo que los africanos arrojaron sobre España, fué la primera materia que, como abejas, transformamos en misticismo con nuestro espíritu cristiano". (Id., pág. 55).

Como "estado de ánimo", semejante sugestión de Granada, es de sutileza extraordinaria, sólo la percibe el espíritu afín; jamás la vislumbrarán los "rebaños de la agencia Cook" que se guían por "el rojo Baedeker". Para esos turistas está lo que salta a la vista, por ejemplo, los grandes monumentos. Y a las comunas que quieren dotar

de ellos a Granada aconseja Ganivet: "El embellecimiento de Granada no exige grandes monumentos, porque tenemos un gran renombre adquirido en todo el mundo con nuestra Alhambra..." (Id. XI, pág. 114). En efecto: "de la Alhambra pudiera decirse que está en toda Europa y fuera de Europa..." (Id. pág. 115). Mas los turistas que vienen atraídos por el renombre, son gentes indiferentes a quienes, a lo sumo, llama la atención algún detalle fuera de lo común; son gentes que hoy llegan a Granada, pasado peregrinan a Lourdes; un día beben cerveza en Munich y otro leche en alguna landa flamenca; una vez visitan Westminster, otra asisten a una función de gala en la Opera de París; son gentes a quienes sólo preocupa el haber estado alguna vez en sitios famosos del mundo para dejar boquiabiertos a sus paisanos con relatos fabulosos; son, como bien los definió Darío, "rebaños". Y no logran jamás captar el espíritu de los lugares que visitan porque no ven más allá de la información del Baedeker, no oyen más que la voz del cicerone. Por eso llevan de Granada, la impresión de una ciudad de casuchas arrimadas unas sobre otras, de calles tortuosas, de vecinos de fiera presencia; de mil incomodidades pero donde, por casualidad, se encuentra la Alhambra, un antiguo paraíso, es decir, algo digno de conocerse. "¿Cómo hacer ver —se lamenta Ganivet— que ese alcázar recibió su primer impulso de la fe, siempre respetable, aunque no se comulgue con ella y fué teatro de grandes amarguras, de las amarguras de una dominación agonizante?" (Id., pág. 116).

Ciertamente, ¡cuán tristes y dolorosos debieron ser los postreros días que Boabdil, el rey Chico, pasó allí! ¡Con qué pena desenterró los restos de sus antepasados, al entregar la ciudad a los Reyes Católicos! ¡Cuánto lloró, al mirar por última vez, desde las primeras Alpujarras, a la ciudad querida!:

*"Hélas! Ma puissance est détruite
Ma vaillante armée est en fuite
Et je m'en vaît san autre suite
Que mon ombre derrière moi!"*

le hace decir en ese lugar Th. Gautier, desde los conocidos versos: "*Le soupir du more*" (1), con el mismo dolor que Zahara, la amante morisca de "*Aben-Humeya*", llorará más tarde en la tragedia de Villasespa:

"¡Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!

.....

*Granada, ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está en ruinas!
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
a dar a tus hijos el triste mensaje...*

(Acto I, esc. IX).

Y ese hábito doloroso que flota en las galerías solitarias, es impalpable, ajeno a la curiosidad de despreocupado o mal informado visitante. No todos lo presienten a través de la aparente alegría de la ciudad, como lo logra, por ejemplo Th. Gautier, viajero: "Grenade — escribe — est gaie, riante, animée, quoique bien déchue de su ancienne splendeur". (*Voyage en Espagne*, Cap. XI, pág. 206). Por ello se quejará nuestro granadino: "el destino de lo grande es ser mal comprendido: todavía hay quien al visitar la Alhambra cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad, y no siente la profunda tristeza que emana de un palacio desierto, abandonado por sus moradores..." ("*Granada la Bella*, XI, pág. 116).

Genuína emoción de Granada la que brota de la pluma de su hijo más amado. Emoción de las cosas simples, de lugares y gentes sencillas; emoción de la tierra, del aire, del cielo... De la tierra fértil de los cármenes y vegas... Del aire cálido, que parece traer los sonos de lejanos añafiles y tambores... Del cielo, que hacía decir a otro viajero famoso, Alejandro Dumas, padre: "Allí el cielo no es como los otros cielos, hay en el aire un vaho que tamiza los colores y que dulcifica el tono de los horizontes hasta el punto que la mirada parece

(1) *Poésies Completes*. Pág. 145, T. II. Ed. Charpentier y Cia. 1885.

reposarse en océanos de terciopelo". (*"De París a Cádiz"*. Carta XVIII, fechada en Granada, 28/10/1846). Cielo límpido, que se mira en el espejo de las aguas claras de las fuentes y los ríos de auríferos lechos, esos ríos que movían al estro cristiano del Padre Juan Arolas a cantar:

*"Tiene el Darro arenas de oro
Las tiene el Jenil de plata
No hay otro Generalife
Ni tampoco hay otro Alhambra".*

(*"Romance Morisco"*).

basado en el antiguo testimonio de Ginés Pérez de Hita: ...*"Y no es fábula, que yo el autor de esta narración, lo he visto coger..."* (*"Guerras Civiles de Granada"*).

Emoción que traduce una Granada en la que se encuentran en conjunción la refinada sensualidad y el ascetismo más extremado, la ardiente poligamia de los harenes orientales con la acendrada castidad del cristianismo. Granada, cuyo recóndito sentido necesita de esta interpretación, en la que se deleita Ganivet, como la necesitan las suras alcoránicas o algunos oscuros versículos evangélicos. En la que caben por igual el parecer que contienen los versos finales del *"Romance Morisco"* del Padre Arolas:

*"...eclipsó la cruz
Tus medias lunas, Granada."*

o este sentir que, avatares de su sangre morisca, dictaban a Villaespesa:

*"¡Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en las torres!... Nada.*

*Granada es Granada
¡siempre lo será!*

(Op. cit.)

Hemos sintetizado la opinión que merece a un patriota exigente, su tierra natal. Veamos ahora cómo la

caracterizarán otros escritores extranjeros que pasen por ella porque, en realidad, este sentimiento de Granada en un granadino no es de extrañar. Pero la atracción de la ciudad, desde antaño, ha movido la curiosidad de los que viajan. Tal es su seducción que la misma reina Isabel, mientras su esposo luchaba por conquistar el último reino moro, subía a las colinas cercanas a tener en la visión, un anticipo de esa emoción de la ciudad. Y desde el momento que recuerda el romance popular:

*“Por las puertas de Granada
Hoy entró Doña Isabel...”*

franquearon sus muros los viajeros curiosos de todos los siglos posteriores.

Encontramos, al pasar, a Th. Gautier, Alejandro Dumas, Washington Irving y tantos otros. Reconocemos ahora entre ellos a Rubén Darío, el andariego. Viene de tierras de bruma a tierras de sol para tornar, incansable, a aquéllas; siempre peregrino, pero esta vez en busca de salud.

“Salí de París —escribe— el día de la primera nevada, que anunciaba la crudez del próximo invierno. Salí en busca del sol y salud, y aquí, desde que he llegado, he visto la luz alegre y sana del sol español...” (*“Tierras solares”*, pág. 9).

A través de España meridional, se acerca a Granada, a la que llama: el viejo paraíso moro; y el poeta, de imaginación brillante, evocando el título de un libro del provenzal Aubanel: *“La granada entreabierta”*, en divina metamorfosis, se transforma en una pequeña coccinela que roerá esta otra Granada que a sus ojos se entreabre. Como el pequeño animalito que ambula por las cortezas rugosas, “por las durezas lisas o ásperas de la cáscara hasta llegar al borde desde donde divisa el interior palacio de pedrería...” (Id. pág. 88); así hará el viajero a quien la coccinela ha enseñado que “el corazón de la granada es dulce como la miel”. Y, completando el símil, la imaginación del poeta le hará decir: “He mirado la corteza rugosa de la antigua capital mahometana, en un tiempo poco propicio, entre calles lodosas y un cielo nublado; mas luego he ido hacia la parte entreabierta

que deja ver el corazón de su historia y su propio corazón..." "...y después el sol ha brillado; y así, la encantadora ciudad se me ha mostrado primero brumosa y luego luminosa. Y sé que el corazón de la granada entreabierto es dulce como la miel". (Id., pág. 88-89).

Llega Darío a esta tierra en pleno invierno, y aun en él, le es tan propicia que puede escribir: "...los rayos solares ponen el encanto de los juegos de la luz en el corazón de la granada entreabierto..." (Id. 88) y, como profundo observador de cosas y lugares, capaz de sentir y transmitir la emoción religiosa que anhela Ganivet, afirma: "He tenido, por llegar en este frío febrero, un singular gozo: estar solo en la Alhambra y en el Generalife". (Id. pág. 89).

Allí, en el palacio desierto, el andante cronista se ha detenido; ha observado y se ha ensimismado en la meditación: "Desde la Alhambra se mira el soberbio paisaje que presenta Granada y su vega deliciosa" (Id. pág. 91). Y se divisan las cúpulas blancas de las cien mezquitas, de las que el poeta, en una pirueta funambulesca de su expresión, dice que tienen "de las geometrías de la clara de huevo batido". (Id. pág. 92).

Absorto, extasiado ante el espectáculo, caladas en su imaginación extrañas gafas, vienen a su mente evocaciones milunanocheas. Y, desde la arquitectura, en la que ve una cuerda reproducción de la Naturaleza, hasta los últimos resabios de morería que encuentra en los granadinos que le salen al paso, todo le dice que "nadie ha vivido la poesía como esa misteriosa y pensativa raza de hombres tristes de amor y fatalidad". (Id. pág. 92). Amor, del que hablan las inscripciones que abundan por todos los rincones; fatalidad, que resalta en la dulce soledad. Todo ello crea un ambiente, extraño y exquisito al mismo tiempo; ambiente, en el que ya parecen oírse los gritos de espanto de las desgraciadas esposas condenadas a la degollación en la manchada pila, de la que habla Ginés Pérez de Hita; ya se creen percibir delicados perfumes que brotarán de mil sahumerios y pebeteros; o ya se ven flotar, en hermosa alucinación, albos alcazares velando formas venusinas. "Y hay algo de inaudito y

de fantástico en todo esto, de manera tal, que vienen al pensamiento esas moradas ilusorias en que habitan los inmortales príncipes de los cuentos que cuenta la prodigiosa Scherezada". (Id. pág. 93). Y, también, hay algo de triste y doloroso, como lo hay en los cuentos de la célebre sultana que cada nueva aurora temía perder su cabeza en manos del verdugo.

Con tales elementos un poeta no precisa más para hilvanar una página bella. Así lo hace Rubén Darío, dejando deslizar entre la música de su prosa un consejo para futuros poetas que lleguen hasta allí: "Para disfrutar tranquilamente de la magnificencia y suavidad de estos parajes y recintos, ninguna ayuda mejor que la tradición". (Id. pág. 97). La tradición está en: "Salones, torres, ajimeces, bordadas piedras, aéreos calados, baños, jardines, miradores...". (Id., pág. 98).

Todo recuerda la dominación árabe. Dumas, padre, dirá a cierta dama en la carta antes citada que figura en "*De París a Cádiz*": "Lo que más os seducirá, señora, es ese sabor a Arabia que ha quedado flotando en el aire".

El día que Darío parte de este paraíso escribirá: "He dejado Granada con pena, por su corazón de mármol labrado, por su viejo corazón, por sus divinas vejeces, que hacen más adorables una naturaleza singular". (Id. pág. 101).

Esta es la emoción de un poeta que se suma a la unción religiosa y el patriotismo de ese otro poeta que era Ganivet. Es un distinto sentir frente al mismo espectáculo. Amiel estaba en lo cierto. El paisaje es inmutable, los que pasan son los hombres; pero, cuando esos hombres tienen el don maravilloso de fijar su impresión, de fijar su sentir en páginas eternas, también la emoción perdura.

El consejo de Darío, antes aludido, no caerá en el olvido. Habrá un viajero que al arribar a Granada lo tenga en cuenta: Ricardo Sáenz Hayes. En su libro "*España. Meditaciones y andanzas*", donde refiere su visita a Granada, confiesa que llega a ella "a remover añejas leyendas y olvidados romances" porque "un buscador de emociones estéticas, en llegando a Granada se encontrara

con una ciudad municipal y de tipo americano, le sobrarían motivos para molestarse como si hubiera sido víctima de una defraudación". (*España*, Cap. X). Por ello, viene dispuesto a poner en práctica el consejo de Darío e invita al lector: "Vamos a recorrer sin rumbo ni prisa por la añeja y moderna Granada" (Id. Cap. XII), pero, a buscar en ambas, el alma de la ciudad.

Comienza por evocar la dominación arábiga y su amor por Granada, "amor que alentó en los corazones moros en manera extremosa" (Id. Cap. X). Recuerda a Muley Hazén, décimonoveno rey de Granada, padre de Boabdil, como "al rey que dió su fortuna para que Granada fuera un paraíso" (Cap. X). Y dice que, siendo amante de la vida bella y los placeres, "un palacio (La Alhambra) para él, tenía que ser un palacio encantado" (Id.). Destaca estos refinamientos, para llegar a una conclusión que parecería en abierta contradicción con algo que hemos visto afirmar a Ganivet y corroborar a Darío. "Lejos, muy lejos —sostiene— se está aquí del ambiente religioso de Córdoba. Para los moros Granadinos la vida debía vivirse con todos los sentidos y a nadie tanto como a ellos debía horrorizar la religión del tenaz adversario cristiano, religión de tristeza y renunciamiento". (Id.).

En realidad no hay contradicción, sino, grados de sutileza en la interpretación. Granada no era ni más ni menos religiosa que Córdoba, sólo que en ésta, la religión, quizá por influencia del medio, era más exterior, se la practicaba más de puertas afuera, con mayores muestras de exteriorización de las creencias personales, por ejemplo, las peregrinaciones al Mirab, donde estaba colocado el Alcorán; el surco en torno al ara que la tradición asegura haberlo marcado las rodillas de los fieles; etc., confirman esto. En cambio, la de Granada, —y aquí por claro influjo del medio— era interior. Comprueban esto Ganivet y Darío. Y, también, más concentrada la manifestación personal de las creencias; quizá una liturgia más sintética. Por este camino se acerca grandemente al cristianismo, la religión interior por excelencia.

La prueba de esta posible afinidad la trae el mismo

Sáenz Hayes: "Sin embargo —dice— los reyes de Castilla, aún los más piadosos, los que llevaban la imagen de la Virgen en el arzón de las cabalgaduras y el Cristo en los estandartes, soñaban con Granada como si ella les reservara los encantos de la tierra prometida". (Id. Cap. X). ¿Y, acaso, habrá prueba mejor y más bella que esa joya, entre lírica y épica, que es el romance anónimo de Abenámar?:

*"Allí habló el rey Don Juan,
bien oiréis lo que decía:*

*—Si tú quisieras Granada
contigo me casaría,
darate en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.*

*—Casada soy, rey Don Juan,
casada soy que no viuda;
el moro que a mi me tiene
muy grande bien me quería".*

Es que, en realidad, entre la vida bella, los placeres y refinamientos de Muley Hazén y la religión sufrida de Córdoba, de torturas y dolor, sólo hay una diferencia en la interpretación de las enseñanzas del Corán. "Se piensa —opinaba Darío a este respecto— en los novelescos guerreros y amadores que vinieron del Africa cercana a anticiparse en este país espléndido un poco del cielo mahometano" ("*Tierras solares*", pág. 92). El propósito religioso, como fondo de tales deleites en el Mahometanismo puede justificarse. Por otra parte, lo mismo ocurre en el Cristianismo; hay creyentes para quienes la vida es regalo de Dios, debiendo apurarse sus bellezas y disfrutar el obsequio, en una bonhomia y paz interior, para no ofrendar al cielo; y los hay para quienes la vida es un nuevo Calvario, que debe ascenderse con la cruz a cuestras, para agrandar al Señor. Si no median entre estas dos concepciones, razones ajenas al ideal religioso, puede

bien decirse, como en el caso de Granada, que sólo existe una diferencia de interpretación de la palabra divina.

Después de recordar el romance de Abenámar, antes citado, continúa Sáenz Hayes su evocación adentrándose en las crónicas de Ginés Pérez de Hita, de Hurtado de Mendoza, en algunos historiadores castellanos, en fin, documentando la emoción de Granada.

Cuando se decide a dejar el pasado y se marcha a recorrer la moderna ciudad, la primera pregunta que se formula, es la siguiente: ¿Queda algo de la ciudad mora? Y halla que: "los hombres de esta tierra han tenido el buen acuerdo de conservar lo viejo sin privarse de lo nuevo, realizando así uno de los más fervientes votos de Ganivet". (Id. Cap. XII). El recuerdo de Ganivet es constante en Sáenz Hayes.

Se encuentra en esta ciudad moderna de domingo a la salida de misa, y en el consiguiente paseo por el "Salón", tan recordado por Gautier. "El Salón —aclara— no es aquí lo que su nombre indica, sino otro paseo de bellas perspectivas". (Id.). Visita luego la Alcaicería, donde los moros tenían sus comercios. "Finalmente, el peregrino curioso antes de despedirse de Granada, tendrá el buen acuerdo de darse una vuelta por el Albaicín —aunque lastimen las afiladas piedras— para apreciar ese típico barrio que fué el de la aristocracia musulmana". (Id.).

Antes de alejarse torna el viajero a la Alhambra, "porque en ese lugar, más que en ningún otro, el espíritu se recoge y olvida el afán de las horas". (Id.). Y en verdad, la mayestática imponencia del palacio que contempla inmutable el andar de los siglos, invita al moderno turista, enfermo —mal de la época— de la fiebre de llegar un minuto antes a todas partes a contemplar el andar siempre pausado, pero inexorable, del tiempo y a reflexionar sobre la pequeñez de los intereses por los cuales el hombre de hoy gasta sus energías.

Parte el viajero de Granada y lleva en su memoria el recuerdo de una ciudad de leyenda: "Jamás echará en el olvido los atardeceres de la Alhambra".

Tales son a grandes trazos, algunas de las percep-

ciones de Granada, dentro de la moderna literatura en español. Tres percepciones encerrando una sólo emoción.

Emoción brotada de una patriota que, lejos del terruño, evocándolo, construye con sus amores la Granada de "belleza ideal"; brotada de un escritor de fina sensibilidad y agudos dones de observación, capaz de captar el ambiente histórico y moderno y, fundiéndolos, reconstruir el paraíso moro.

Emoción que la recoge un poeta y canta, admirándola y engalanándola, la ciudad ideal del patriota pulsando su lira mientras descansa al pie "del ciprés de que gustaba la sultana Zoraida".

Emoción que la erudición de un tercer viajero, entre viejos manuscritos y pesadas crónicas de la biblioteca oficial Granadina, documenta como sincera y exacta.

II

No sería cabal esta impresión de Granada que hemos tratado de recoger si no la completáramos con un detalle que asombra a todos los viajeros que a ella llegan; que en Ganivet alcanza contornos épicos: el sortilegio del agua.

Granada y el agua están en relación estrecha. En cualquier región de la tierra con un clima semejante el agua juega un papel principal; aquí, además, adquiere carácter estético. El Granadino de pura cepa, por cuyas venas corren aún gotas de sangre morisca, "el borracho de ideal", —como lo llama Ganivet— "es la creación secular de una ciudad cruzada por dos ríos: es un río hecho hombre". ("*Granada la bella*", III, pág. 33). De allí su afición al agua, que le viene de sus africanos ascendientes. De ellos dice Sáenz Hayes: "Amantes del agua como ningún otro pueblo, hicieron cosas extraordinarias con ella. Trajéronla de la vecina Sierra Nevada y la hicieron subir, bajar y correr en todas direcciones. El espectáculo del agua es lo que más llama la atención en Granada". ("*España*", Cap. XI).

Todos los viajeros son de la misma opinión. Escri-

bía Alejandro Dumas, a la misma dama de la carta antes mencionada: "lo que allí es bello, maravilloso, son sus jardines, sus aguas..."; "en parte alguna veréis brotar tantas fuentes, despeñarse tantas cascadas, rodar tantos torrentes...". Darío, enumerando las bellezas de Granada y no encontrando en su experiencia una impresión semejante, la transmite al lector así: "¿Y, ese encanto del agua, transparencia, frescor, armonía, en los patios de mármol, para creyentes en cuya religión son obligatorias las abluciones, y ardientes polígamos en cuyo paraíso el primer premio es la limpia, perfumada, adolescente y siempre virgen belleza femenina?" ("*Tierras Solares*", pág. 93).

Aquel capitán de "cuarenta gomeles", del poema de José Zorrilla, culmina las ofrendas a su amada esclava cristiana con lo que juzga de más valor, con lo que más aprecia:

*"Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con más de cien surtidores".*

("Oriental").

Washington Irving, en un pasaje de sus "*Cuentos de la Alhambra*" dice de los moros que "fueron incansables para obtener este elemento en su cristalina pureza".

Estas referencias al culto del agua, característico de los pueblos de civilización más refinada, trae a la memoria los pasajes del "catálogo" de Hesiodo en que enumera las deidades acuáticas, donde muestra con más de tres mil variantes, las fases de esa afición al agua en el pueblo griego, semejante (recuérdese el detalle de la limpieza, baños, abluciones, etc.) al de los musulmanes granadinos.

En Granada, encontraba Darío "el agua por todas partes, en las copiosas albercas, en los estanques que producen las bizarrías arquitecturales, en las anchas tazas como las que sostienen los leones del patio famoso, o simplemente brotando de los surtidores colocados entre

las lisas lozas de mármol. ("*Tierras solares*". págs. 93 y 94).

Si los viajeros, aves de paso, que no posan más de un instante en cada sitio, se maravillan de este espectáculo del agua, ¿qué podrá decir de él un granadino, iniciado en ese culto y amante de las cosas de su tierra cual Ganivet? Desde las páginas de "*Granada la bella*", ésta da, refiriéndose a dicha tradición granadina, uno de los pasajes más hermosos de su obra. Fragmentos escribe con dulce sabor de rústica bucólica y aunque piense: "sólo un gran poeta épico sería capaz de describir cómo sabemos beber agua, según ritos tradicionales, con los requisitos de un arte original y propio, desconocido de todos los pueblos" (Op. cit. III, pág. 29), por momentos alcanza ese tono épico unido a un delicioso lirismo.

Sin embargo, el motivo que da origen a esas páginas es bien prosaico: se trata de instalar en Granada un servicio de aguas corrientes y potables a cargo de determinada empresa concesionaria. Y Ganivet, siempre amigo de lo tradicional, hace una cálurosa defensa del "aguador", que con el nuevo sistema se vería hecho a un lado; "hay agua abundante para todos los usos de la vida, y sólo falta una poca pura y clara para beber, de la cual es costumbre bastante extendida proveerse, comprándola a los aguadores" (Id. pág. 23). Desde luego, con el nuevo servicio, éstos no tardarían en desaparecer y Ganivet aconseja prudentemente que antes de desechar tal instrumento por uno moderno, se vea si aquél no admite mejoras. Es entonces cuando traza esa magnífica pintura del "aguador", que tantas veces y en tantos lugares se ha citado y reproducido: "En Granada —dice— el aguador tiene que ser, a su modo, un hombre de genio". (Id. pág. 29). Debe saber llevar la garrafa, la cesta de los vasos y la anisera. "El verdadero aguador se compenetra con estos tres elementos hasta tal punto que de él puede decirse que es hombre como que es cesta o garrafa" (Id.).

El aguador debe "oler" dónde tienen sed, y cuando nadie la siente, "pregona, y con sus pregones despierta el apetito; porque entre nosotros la sed es apetito, y hay quien bebe agua y se figura que come" (Id.). A tanto

llega la importancia del agua para un granadino. En efecto, “un hijo legítimo de Granada no se contenta con llamar al primer aguador que pasa; le busca él, yendo a donde sepa lo que bebe”. (Id. pág. 31). Y son tales sus escrúpulos de acuáticos catadores, que los hay “aficionados al agua de Afalcar, a las de las fuentes de la Salud o de la Culebra, a la del Carmen de la Fuente y hasta a la de los pozos del barrio de San Lázaro; pero los grandes grupos, como quien dice los partidos de gobierno, son alhambristas y avellanistas”. (Id.). Así lo estima el aguador que lo explicará en sus pregones:

—*¡Acabaíca de bajar la traigo ahora!...*
 —*¡Fresca como la nieve! ¡Quién quiere agua?*
 —*¡Nieve! ¡Nieve!*
 —*¡Qué frescuras de agua!*
 —*¡De la Alhambra, quién la quiere!*
 —*¡Buena del Avellano, buena!*
 —*¡Quién quiere más que se va el tío”.*

(Id. págs. 30, 31).

Los gritos incitantes del aguador avivan los deseos, aumentan la sed. Y explica Ganivet las tareas del vendedor cuándo conquista un cliente: “Abrís la mano, y recibís una cucharadita de anises para hacer boca; mientras los paladeáis el aguador fregotea el vaso, que llena después de agua clara y algo espumosa, como escanciada de cierta altura; después que consumís el vaso, os ofrecen más y aceptáis “una poca” aunque no tengáis ganas...” (Id. pág. 30).

Es esto, una especie de confesión de esa afición granadina que, por otra parte, habla de la ascendencia mora y al par que exalta el fundamento religioso de esa afición documenta la laboriosidad de esa raza que convirtió la tierra yerma en fertilísima vega.

Desde luego, el hombre moderno, acostumbrado a lo mecánico, a la técnica, alejado del contacto de la natura-

leza, podrá ver en estas páginas y en esta inclinación un dejo de puerilidad. El que dando vueltas a un robinete haga brotar el agua clara, no ha de ver en ello ningún hechizo, ni podrá sentir la belleza, la primaria poesía de ese elemento en la naturaleza. Sin embargo, si esa persona, o aquella otra que sólo considera al agua como la composición de dos volúmenes de hidrógeno con uno de oxígeno, reflexionaran acerca de la importancia cósmica de algo que los está rodeando, en el cielo y en la tierra; de algo que hasta lo llevan dentro de sí, cambiarían de opinión. Y si a esta reflexión añadiesen el aspecto religioso, notando que el agua en todas las religiones de todos los tiempos, desempeña un papel primordial: en las primitivas como deidad; en el cristianismo como primer elemento de iniciación que en el bautismo quita el pecado original; en las abluciones de los ritos musulmanes; en los misterios de los cultos más extravagantes y, en todos se la cuenta en primer término, han de comprender este otro misterio del agua, encanto de Granada. Y si, como observación final, llegaran a verificar que las mejores obras de todas las literaturas tienen páginas, quizá las más bellas, en la referencia al agua, desde los poemas homéricos pasando por todas las literaturas hasta nuestros días, se acercarían, entonces, al singular sentido de este sortilegio del agua que completa la emoción de Granada, sentido que abarca desde el orden puramente estético, hasta el más trascendental, cual es la filosófica concepción de un fin preciso de la vida y la idea religiosa de un paraíso, cuyo reflejo quisieron tener en Granada, sin descartar el sentido de técnica geofísica que debieron poseer los artífices que crearan este embrujo ya que en Granada la obra de la naturaleza ha sido completada con la habilidad del hombre y, juntos, brindaron a la ciudad su decoración mejor, su colorido y su espectáculo. “Desde cualquier altura —describirá Sáenz Hayes— se la vé venir desde lejos: brilla con la luz del sol o como cintas de plata en las noches de luna. Y cuando no se la vé, se la siente correr por los canalillos subterráneos o murmurar en las fontanas ocultas”. (“España”, Cap. XI).

La ciudad cruzada por dos ríos y adornada por miles de juegos de agua es un himno al elemento principal de la vida, al refinamiento de una civilización que armonizó los dones de la naturaleza y las necesidades del hombre en un coro sin par. Villaespesa, cantor dolorido de la morería, contemplando este espectáculo, se quejará a Granada:

*“El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada”.*

RAÚL H. CASTAGNINO.

Febrero, 23/938.